

vietnam y el futuro de la política exterior de los estados unidos *

GABRIEL KOLKO**

Es aún demasiado pronto para los Estados Unidos evaluar definitivamente el significado histórico de la Guerra del Vietnam para la distribución mundial del poder, porque la guerra no ha terminado todavía, y porque realmente puede continuar por muchos años más en diversas formas. Las consecuencias morales y humanas de la guerra para la población indochina misma, son ya bastante claras: después de las inmensas penalidades sufridas, la curación empieza lentamente; la Guerra de Indochina opaca la leyenda de David y Goliath, y se convierte en la guerra más cuidadosamente estudiada de la época moderna, un evento que dotará de reputación heroica y de autoridad moral a los vietnamitas en el mundo por venir, dones no igualados por lo menos en nuestra generación. Para los Estados Unidos no puede haber duda de cuán profundamente Vietnam ha puesto en jaque su estatura moral y su integridad humana, sobre todo a los más altos niveles de legitimidad, autoridad y valores convencionales, y también ha retado al pueblo norteamericano que finalmente falló en presentar una resistencia tenaz a los más profundos males cometidos en su nombre. Sin embargo, el asunto aquí es el grado en el cual la situación militar, política y económica de los Estados Unidos en el mundo, ha sido alterada por dos décadas de intervención directa en Indochina. La guerra ha sido, relevantemente, el suceso más importante de los últimos veinticinco años de la historia de los Estados Unidos, y el principal dilema analítico a resolver es si ha sido la guerra más determinante en el contexto mundial del poder de Estados Unidos en relación con otras potencias.

No se puede, empero, considerar la Guerra de Indochina como el mayor fracaso de Estados Unidos en

el manejo de su política exterior de posguerra, sino solamente como el más importante. Realmente, podemos *tan sólo* entender a Vietnam en el contexto regional y global de una política exterior de posguerra, en la cual las metas ambiciosas de los Estados Unidos excedieron con mucho lo que superficialmente parecieron ser los medios ilimitados para garantizarlas. En otras palabras, la Guerra de Indochina fue la culminación y la consecuencia casi inevitable de una serie de fracasos prematuros en la aplicación del poder de Estados Unidos en Asia y en el mundo, y así fue que, con la mira puesta en la situación regional y global, varias de sus administraciones pensaron en Vietnam como el lugar lógico inevitable para aplicar su poder de una manera virtualmente ilimitada.

Desde la Primera Guerra Mundial hasta la Guerra de Corea, los Estados Unidos condujeron su política militar y diplomática en el supuesto tradicional, común a todas las demás otras naciones industriales, de que el poder militar consistía de una planta física, recursos económicos, y la capacidad de destruirlos. Esta premisa fue asimismo la definición de la naturaleza del conflicto mundial, la cual, después de 1945, colocó a la URSS como la mayor amenaza a la seguridad y a los intereses de Estados Unidos. Tal premisa no descuidó, tanto como ignoró, el potencial de las guerrillas del Tercer Mundo y de sus movimientos de liberación, sus técnicas ideológicas y militares, dejando a los Estados Unidos la máxima seguridad en la eficacia y las doctrinas estratégicas de su propio brazo militar. Este esta-

* Tradujo del inglés José Alberto Ocampo.

** Profesor de la Universidad de York, Canadá.

blecimiento militar fue designado casi totalmente para operar contra sociedades industrializadas, centralizadas, postura que la administración Truman pensó que las realidades militar y diplomática justificaban. Más aún, dado que esta estrategia tuvo blancos finitos, también tuvo un costo finito, que era predeciblemente bajo y compatible con amplias presunciones presupuestarias que prevalecieron en Washington. En verdad, las restricciones que las limitaciones económicas y presupuestarias han impuesto en varias administraciones de posguerra, han sido íntimamente relacionadas con todas las crisis de la política exterior de la posguerra.

Mientras que los cambios militares consistieron en innovaciones tecnológicas mensurables inducidas por otros Estados industriales —como cuando la URSS desarrolló la bomba atómica en 1949 y los líderes de Estados Unidos tuvieron que buscar nuevas y específicas innovaciones tecnológicas, tales como la bomba de hidrógeno o nuevos sistemas de bombardeo, con las cuales pudieran restablecer su dominio definitivo sobre el poder militar soviético. Pero esta carrera de armamentos, que tiene relaciones militares y de paz definidas entre el liderazgo de los Estados Unidos y el bloque de Europa Oriental, en lo que se ha denominado quizás apropiadamente “La Guerra Fría”, ha sido siempre paralela a una serie de sangrientas guerras convencionales que han creado los dilemas y las contradicciones principales para Estados Unidos desde 1949, y cuya solución ha eludido persistentemente.

Cuando en 1949 el Kuomitang perdió China en favor de los comunistas, fue la primera y mayor indicación para Estados Unidos de que el poder aéreo estratégico no iba a mantener el equilibrio existente del poder mundial; y la Guerra de Corea, entre otras razones principales, fue peleada tanto tiempo y tan enérgicamente por Estados Unidos precisamente en la esperanza de improvisar algunos medios con los cuales detener la marea de la revolución en Asia. Pero la Guerra de Corea hizo añicos la sabiduría convencional de confiarse en la combinación del poder aéreo táctico y estratégico con el poder de la infantería y de la artillería, que los planificadores de Estados Unidos pensaron imaginable en el periodo de posguerra inmediato. Corea reveló los límites de la tecnología militar existente, contra fuerzas no-industriales, descentralizadas, móviles, con una base de masas. La victoria militar no fue fácilmente asequible ni los Estados Unidos pudieron conseguir rápidamente una superioridad tecnológica decisiva.

La corrosiva inseguridad que Corea dejó entre los líderes norteamericanos se tradujo en el debate de la “nueva perspectiva” y la “doctrina de la represalia masiva” de 1953-54, debate por el cual los Estados Unidos esperaron responsabilizar a la URSS y China por la conducta de los revolucionarios asiáticos, implicando que una renovación de la Guerra de Corea o Indochina, podría muy bien conducir a la destrucción total de los principales puntales revolucionarios; una amenaza que cesó de tener credibilidad, después de que la URSS desarrolló su propia bomba H en agosto de 1953. De hecho, esta búsqueda de una doctrina relevante, y de un sistema de armamentos decisivos, probó ser efímera en las condiciones específicas de Indochina, donde los vietnamitas habían rechazado a los franceses, y donde el equipo masivo de Estados Unidos y su poder nuclear probaron ser irrelevantes en las realidades de las junglas. El resultado fue un esfuerzo frustrante, prolongado, para restablecer en los Estados Unidos una potencia militar lo suficientemente verosímil como para disuadir a los revolucionarios del Tercer Mundo o a los ejércitos masivos soviéticos de movilizarse nuevamente y tomar el poder en un mundo que parecía constantemente atestiguar transformaciones periódicas fundamentales en diversas naciones, hacia sistemas sociales anticapitalistas. Y detrás de las suposiciones críticas para conectar el poder aéreo estratégico a la revolución local, estaba la tesis totalmente equivocada de que de alguna manera y de algún modo inexplicable, la URSS o China estaban movilizando campesinos o elementos urbanos para tomar el poder.

El efecto neto de esta banalidad (como los debates estratégicos que le precedieron de 1949-50 y de 1953-54 que pusieron en claro que las metas norteamericanas a un nivel global trascendían los medios para lograrlos), lo constituyó la certeza de que Washington, hacia 1960, podía decidirse a entrar en un conflicto suicida que hubiera destruido a Rusia, Europa y a los propios Estados Unidos. El dilema de relacionar la tecnología norteamericana a sociedades agrarias y descentralizadas no fue aclarado en la época en que el presidente Kennedy llegó al poder. La retaguardia, con éxito solamente temporal, en el mejor de los casos, presionó para fortalecer regímenes decadentes del Tercer Mundo, y para mantener encadenamientos regionales, pero no consiguió una política contrarrevolucionaria exitosa y comprensiva, aunque sí represiva, como fue probado en Guatemala, Irán y Corea del Sur. Una política de postergamiento, de la inevitable ganancia de tiempo; pero

el significado final de tales válvulas de escape está determinado por lo que un Estado hace con ellas, y Washington nunca ha podido tener éxito creando regímenes mediatizantes y liberales pero, en última instancia coaccionados bajo su hegemonía.

Fue Cuba quien forzó a la administración Kennedy a confrontar este viejo dilema de final de década en la política exterior norteamericana, arriesgando la aniquilación nuclear frente a la URSS y sufriendo también la angustia de su impotencia por revertir el socialismo cubano. Tal y como los Estados Unidos respondieron a Corea, con la frustración de China y de Indochina siempre presente en sus cálculos, Kennedy reaccionó a las crisis de Indochina después de 1961, con el fracaso de Cuba sobre él, en esa desmesurada conexión mundial y contextual que es el reflejo natural de la visión del mundo que ha guiado a la diplomacia estadounidense desde 1945. Indochina, por tanto, llegó a ser el punto de conjunción para las crisis y frustraciones acumuladas de la política militar y exterior estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial, la encarnación del esfuerzo por hacer del poder militar estadounidense, de la integración económica, y del liderazgo definitivo contra la marea del cambio revolucionario, lo que ha, quizás suave pero irresistiblemente, transformado al mundo desde 1917.

Vietnam y la crisis de la civilización tecnológica

Si se han realizado un gran número de esfuerzos totalmente inadecuados para comprender la fuerza extraordinaria de la Revolución Vietnamita enfrentada al más grande tonelaje de poder de fuego jamás infringido contra una sociedad, en la más larga guerra en la historia de los tiempos modernos, y contra diferencias materiales que desafían la imaginación, virtualmente no se ha hecho ningún intento para evaluar los recursos vitales intrínsecos del fracaso estadounidense, para traducir el peso de su ansia de dominio y sus propósitos de bienestar, sobre 150 billones de dólares además de millones de sus hombres, por más de una década, en algo más que la derrota que ahora busca enmascarar con una fórmula diplomática de desusada complejidad, que de ninguna manera puede alterar el resultado final de la guerra.

Mientras esta falta de comprensión signifique que no percibimos adecuadamente la naturaleza y destino de nuestra propia época histórica, para los planificadores

de las futuras políticas militar y exterior estadounidenses, esto ha llegado a ser la fuente de la más profunda frustración, y asimismo del más interesante autoanálisis. Autorizar la publicación de lo que ha llegado a ser conocido como los Documentos del Pentágono (The Pentagon Papers), fue solamente un reflejo de esta enfermedad. Como nunca antes desde 1945, los líderes de Estados Unidos están a la búsqueda de una doctrina y de un plan de acción para el futuro. Una discusión sobre lo inadecuado de este cuestionamiento, estaría mejor precedido, sin embargo, por un reconocimiento de algunas de las causas de la debacle en Vietnam.

El fetichismo tecnológico es tanto un atributo de la cultura occidental, como una ilusión económica utilitarista, y la combinación de ambos influye profundamente en la manera en que los Estados Unidos definieron y combatieron en la Guerra del Vietnam. El presidente Kennedy reflejó típicamente este ánimo cuando, después de la frustración de Bahía de Cochinos en abril de 1961, resolvió mantener la línea donde fuera necesario en el mundo, para sostener el "crédito" de los Estados Unidos autorizando a sus consejeros "manipular férreamente los nuevos conceptos, las nuevas herramientas" que pudieran aún sobrellevar el fracaso del imperialismo estadounidense en cualquier parte del mundo. Un equipo de asesores del arsenal militar, conscientes de "las diversas técnicas y artefactos en su momento asequibles", fue enviado a Vietnam, que pronto iba a convertirse en un verdadero Niágara de armas exóticas.

Se ha dicho a menudo que si los líderes norteamericanos hubieran sabido algo de la gente del Vietnam y de su historia de resistencia, no hubieran entrado tan a la ligera al conflicto. Este tema, que ahora se está enaltecendo y popularizando por los seguidores del sociólogo francés Paul Mus, es, en el mejor de los casos, sólo parcialmente válido, porque ignora la determinación del interés nacional que impulsó a los líderes de Estados Unidos a movilizarse compulsivamente hacia Indochina, a pesar de la tradición de resistencia y la civilización que iban a confrontar, y no toma en cuenta el profundo molde cultural y socioeconómico que ha dotado de un continuo e insensato optimismo en el globalismo estadounidense, y sus aplicaciones específicas desde 1945. Una mayor revelación y frustración a los líderes norteamericanos, más aún que la fuerza de la población vietnamita, fue la debilidad de sus mismos hombres y tecnología. Y ese shock cultural ha tenido

mayores implicaciones en el desarrollo consiguiente de la sociedad estadounidense y su política exterior.

El triunfo vietnamita todavía permanece como una realidad abrumadora que, evocada incluso con admiración por los infantes de marina de Estados Unidos, sugiere comparaciones insidiosas entre el heroísmo y la habilidad del Vietcong y las milicias títeres del Sudvietnam. El ciclo del destino, religión y folklore al cual Paul Mus atribuyó el éxito de la resistencia vietnamita, sólo comprende parcialmente las fuerzas progresistas de la civilización vietnamita, sobre las cuales el movimiento revolucionario fue construido, porque no puede explicar la debilidad endémica de los sucesivos gobiernos títeres del Sudvietnam, de los franceses y de los estadounidenses, ni la irrupción de una población lumpen de mercenarios corruptos, también producto de la cultura vietnamita en crisis. En verdad, la misma tradición histórica produjo los hombres más venales y los más admirables, y el rol de ideologías revolucionarias, que abarcaban al marxismo y al internacionalismo, junto a un respeto profundo por los aspectos seculares de la cultura vietnamita tradicional, sus valores, sus instituciones en tanto la síntesis más significativa de la Revolución del Vietnam, en tanto también un fenómeno distintivo que ningún escritor occidental ha apreciado adecuadamente. En particular, el Vietminh y la maestría del Vietcong sobre condiciones objetivas económicas, militares y políticas, y su habilidad para convertir cada adversidad, e incluso el territorio controlado por sus enemigos, en una relación simbiótica desde la cual podían al menor extraer alguna fuerza, está completamente desdeñado en las interpretaciones culturales ahora vigentes de la irresistible victoria vietnamita. Esta mezcla de lo que queda aún vivo en las viejas formas e instituciones culturales, con una capacidad de aprendizaje rápido, esencial en las nuevas condiciones, junto con la existencia de una estructura agraria profundamente desigual, que fue la base estructural de una revolución a nivel de villa rural, hizo posible la confrontación desigual de una estructura de resistencia y de cultura perfeccionada y próspera, frente a la engorrosa tecnología estadounidense. Ello ha sido, desde la intromisión norteamericana, un conflicto constante entre la tecnología norteamericana y la civilización de resistencia vietnamita, autónoma y descentralizada; un conflicto entre el poder cuantitativo de fuerza autodestructiva, y la capacidad cualitativa de utilizar recursos limitados efectivamente de manera que se emplea movilidad y gran espacio para confundir a la maquinaria empleada en contra.

Militarmente, al menos, el periodo 1962-1972 demostró irrevocablemente la disfuncionalidad de los *standards* norteamericanos de tecnología, y produjo una suerte de Línea Maginot psicológica que condujo a que el aparato militar resolviera tanto problemas socio-económicos como problemas militares. En efecto, la fe en la maquinaria, el concepto limitado de la sociedad industrial sobre el espacio, sobre el poder de la descentralización y la movilidad, condujeron a una falta total de realismo. A pesar de ello, la teoría norteamericana original de la contra insurgencia, asumió que era suficiente con que un limitado número de hombres, experimentados en las formas ideológicas y tácticas de la guerrilla, y apoyados por tecnología suficiente, podían entrar en las junglas y liquidar rápidamente a la resistencia; pero esta premisa fue rápidamente olvidada en la premura por reconstruir sus recursos humanos (soldados), las que sustituirán con la ciencia y la precisión de los hombres, y la inspiración del Movimiento de Liberación Nacional. Los sofisticados sistemas de armamentos, sin embargo, requieren de cinco a siete años para ser transformados de meros conceptos en realidad es del campo de combate, y las armas principales de la guerra —el helicóptero, los bombarderos B-52, el poder aéreo táctico y la artillería— fueron tomados del arsenal existente, diseñado y ajustado para las condiciones europeas de guerra. Washington autorizó exóticos programas de investigación *ad infinitum*, pero dirigió los gastos principales de la guerra hacia la línea de armas explícitamente destinadas para ser usadas contra concentraciones materiales urbanas e industriales, fijas y esencialmente grandes. Empleadas contra blancos móviles y descentralizados, las desmesuradas cantidades de explosivos norteamericanos, trataron de compensar las realidades del campo de combate gastando para ello grandes cantidades de nuevas bombas de impacto preciso, de bombas de fuego, de bombas de fragmentación, de bombas de racimo o antipersona, que a pesar del infierno que crearon al ser utilizadas, probaron ser menos efectivas que las bombas de acero usuales.

Más tarde, durante la guerra, los norteamericanos incorporaron técnicas electrónicas y de radar, pero ello también —en su evolución acumulativa— arrulló al aparato militar estadounidense en un falso sentido de confianza tanto como en un inmenso despilfarro de energía y de dinero. Los “sensores” no pudieron ser manejados sobre el campo de combate ni amoldarse a la realidad de las junglas así como tampoco los detectores electrónicos del olor del cuerpo humano pudieron ser

utilizados, cuando se les hizo víctimas del engaño con las bolsas de orines que causaron cuantiosos bombardeos en junglas desiertas. El exotismo falló, y ningún sistema norteamericano de armamentos logró las metas para las cuales fue diseñado. Finalmente, en la última primavera, los vietnamitas movilizaron vastas cantidades de tanques y de armamento bajo el campo electrónico de combate, para conseguir el elemento sorpresa siempre negado a los norteamericanos. Por ello, tal y como la oficialidad norteamericana lo concluyó tardíamente a mediados de 1967, el Vietcong controló la duración y las condiciones de combate, en casi cuatro quintas partes del total de los encuentros.

En ningún momento en la historia de la guerra, hasta este día, el uso masivo del poder aéreo de los norteamericanos cambió el equilibrio de las fuerzas en el campo de combate y en el espectro político, aunque el gobierno títere de Saigón, corrupto y militarizado, haya hecho de su intervención político-militar nativa una quimera elusiva. Los ataques aéreos contra Norvietnam, que siempre sostuvieron el margen esencial de sus operaciones como algo necesario para mantener el libre flujo de materiales vitales hacia el Sur, cambió escasamente esta perspectiva. Todo punto crucial para la guerra que la aviación destruyó, fue reparado o sustituido por los vietnamitas.

Del lado estadounidense, el aprovisionamiento para la guerra excedió tanto los requisitos militares como la solidez económica de la economía norteamericana, causando inflaciones sucesivas y déficit presupuestales en el frente doméstico, agravando la inestabilidad del dólar en la estructura monetaria mundial. El costo de la guerra fue, al menos parcialmente, el resultado del más increíble fracaso de la logística de todos los tiempos; los recursos utilizados fueron tan abundantes que se neutralizaron parcialmente a sí mismos, profundizando las contradicciones de la guerra. En el clímax de esta situación, en ningún momento estuvieron en circunstancias de combate directo más de 90 000 de los 543 000 soldados norteamericanos en Vietnam. Una mitad fue totalmente designada como fuerza de apoyo de reserva, y estos hombres fueron los que hicieron el trabajo de escritorio, manteniendo la cerveza fría en circulación, distribuyendo las tazas de papel de 39 tamaños diferentes, tecleando en dos docenas de tipos de máquinas de escribir, repartiendo las 337 variedades de desatornilladores, y tan sólo en el periodo 1965-69 manejaron más de 18 toneladas de cargamento. El tonelaje de las

municiones estadounidenses fue por lo menos 250 veces más que el utilizado por el Vietcong y por sus aliados.

Esta desigualdad cuantitativa es al mismo tiempo pasmosa y patética, porque revela precisamente cuán irrelevante y cuán destructiva ha sido la planeación geopolítica y militar de las sucesivas administraciones gubernamentales de Washington. Sobre todo, los Estados Unidos ignoraron virtualmente la capacidad moral y de lucha de sus propias fuerzas armadas hasta que fue demasiado tarde, y este solo elemento reveló un pozo de arenas movedizas en el cual muchas de las futuras políticas perecerían. Los datos oficiales revelan que entre el 5 y el 45% del total de tropas recurría a la drogadicción fuerte y asidua, por ciento del cual se desprende la dificultad vigente, insoportable e insoluble para los líderes norteamericanos de cómo elevar la moral y la eficiencia de sus soldados a un nivel más alto que las causas por las cuales se les pide que arriesguen sus vidas.

Históricamente, sin embargo, la asignación de recursos muy frecuentemente no tiene ninguna relación con la función militar ostensible por la cual está justificada ante el Congreso de Estados Unidos. Dicho de otro modo, los propósitos económicos de tal asignación explican por qué muchas armas totalmente inútiles—desde el bombardero B-36 en 1948 hasta el avión-caza F-111 actualmente— son autorizados. Por ello, para la industria de defensa, el nombre del juego no es necesariamente el éxito, sino el esfuerzo continuado y los gastos para conseguirlo. Este camino interminable es mucho más beneficioso que el armamento más perfeccionado, el cual de ser descubierto causaría más daño a los contratistas militares que lo que podría causarles la total hegemonía norteamericana en el mundo. La movilización de un sector de la industria de defensa requiere la emigración de contratos, independientemente de la sutileza y la extrema dificultad de las metas a ser alcanzadas, de aquí que los contratos sean dados para toda clase y todo tipo de comodidades, desde aparatos electrónicos que no funcionan hasta aviones que operan más que inadecuadamente. El Pentágono concede contratos para equipo que no funciona, o que no se necesita, para poder obtener facilidades de producción asequibles para el artículo real. Vietnam ha llegado a ser un campo experimental para sistemas de armamentos, pero también un basurero para aquellos que, dadas las condiciones del ambiente, no pudieron ser útiles. El problema para Washington, por supuesto, es que muy raramente se han aceptado las implicacio-

nes necesarias de este proceso en el mundo real de las asignaciones militares con los límites de su propio poder en el mundo hoy en día. La fatal fascinación de los norteamericanos con la eficacia de su propia tecnología, buena, mala, y principalmente indiferente, en Vietnam, ha conducido a una miopía no menos mortal, la cual siempre ha presumido que lo que una máquina no pueda hacer, cualquiera otra lo puede lograr. Vietnam probó que mientras estas presunciones puedan ser útiles a ciertas firmas industriales, guardan una relación ínfima con los movimientos verdaderos, profundos, hacia la transformación revolucionaria del Tercer Mundo.

Vietnam llegó a ser aún más gravemente ineficaz para las aspiraciones globales de Estados Unidos, cuando la guerra rebasó las prioridades de Norteamérica durante el curso de un conflicto que inicialmente había tenido justificación racional, desde el punto de vista de Washington, hasta que la fuerza de la resistencia vietnamita creó sus propios imperativos y sus propios impulsos. En efecto, cada crisis de posguerra de la política de Estados Unidos en cada nación específica, ha conducido a comprar tiempo y libertad para otros Estados en proceso de cambio. Libertad para confrontar sus propios problemas exentos de amenazas, tan siempre presentes normalmente; de ayuda externa a la reacción interna. La Revolución Vietnamita en sí misma, en una etapa crucial, fue la beneficiaria de la preocupación de los Estados Unidos por Corea, en el momento en que Washington había decidido que otra manera quizás más enérgica de intervención en Asia, sería la de apoyar al colonialismo francés. Inversamente, después de la crisis de Bahía de Cochinos, los Estados Unidos actuaron aún más decisivamente en Indochina, porque la frustración de Cuba necesitaba, desde la perspectiva de la administración Kennedy, de acciones fuertes en cualquier parte para mantener su "crédito". Si no fuera por tales distracciones impredecibles y por tales interconexiones entre las decisiones de Estados Unidos en cualquier área del mundo, tan complejas como para no permitir una explicación estrecha, de su política exterior en un lugar determinado, sin comprender tal política globalmente; la política exterior de Estados Unidos en la posguerra pudo haber estado mucho más ordenada por prioridades y por una lógica más veraz de lo que ahora es posible de citar. Por esta razón, las interinfluencias en la diplomacia norteamericana deben ser evocadas en un esfuerzo que intelectualmente es mucho más urgente y desafiante, y

que ya no es suficiente para dar o refutar análisis simplistas de la política exterior de Estados Unidos.

Nuevos medios para viejos fines

¿Cómo se encontraría el mundo después de 1960 si los Estados Unidos no hubieran desviado, con cierto dejo de intencionalidad, sus esfuerzos principales hacia Vietnam? ¿Quién habría sido el ganador y quién el perdedor?

Los beneficiarios más importantes fueron los latinoamericanos, y entre ellos los cubanos primordialmente, y también la URSS. La intervención en la República Dominicana en 1965, reveló muy claramente que, dados sus recursos, los Estados Unidos estaban todavía conteniendo a los movimientos de izquierda del Tercer Mundo, la región más fundamental a los intereses económicos y estratégicos de su poderío y que en diferentes maneras, la autonomía política de Cuba en aquel entonces pudo haberse cuestionado, quizá decisivamente. El que las naciones sudamericanas se hayan escapado de los modelos usuales de intervención directa o apenas encubierta de los Estados Unidos en el proceso reciente de su desarrollo social, y nacional, puede ser consecuentemente atribuido a la capacidad de los vietnamitas para contener a los Estados Unidos, tanto en su propio crédito, como a nombre del resto del Tercer Mundo radical.

Sin embargo, lo que es probablemente más importante es que los pueblos de Indochina evitaron, con mucho, los inmensos desgastes diplomáticos y económicos que la URSS hubiera tenido que confrontar, incuestionablemente, durante la década de 1960. Las premisas tecnológicas del desarrollo armamentista de los Estados Unidos, y la influencia tradicional así como su porción de presupuesto nacional de la industria aeroespacial en el Pentágono, hubiera forzado la economía de la URSS hasta sus límites, aunque los porcentajes de la industria aeroespacial y de investigación de los presupuestos totales del Pentágono no disminuyeron tajantemente después de 1964. Militarmente, la URSS hubiera sido mucho más débil en comparación con los Estados Unidos y ello le hubiera llevado compulsivamente a desgastarse aún más en la carrera armamentista, en vez de la ayuda menos costosa que dio a los vietnamitas. Es muy dudoso que hoy pudieran darse las condiciones de un tratado de control de armas estratégicas (SALT) dadas las inmensas ventajas de los Es-

tados Unidos sobre estas condiciones, pero que es más irónico, es que la coexistencia entre la URSS y los Estados Unidos, tal y como existe hoy con mucho puede decirse que es el resultado de la capacidad de los pueblos de Indochina para absorber suficiente poder norteamericano en un solo lugar y permitir a la URSS equilibrar este poder en otras áreas. La corroboración de este aserto está en las proyecciones simples de las muestras estadísticas de los gastos de Estados Unidos en el periodo de posguerra.

Diplomáticamente, asimismo, los soviéticos hubieran encontrado a los norteamericanos mucho más dispuestos y preparados para desafiarlos en otras áreas además del Vietnam, como lo demostró la crisis cubana de los misiles nucleares que evidenció que la administración demócrata estaba dispuesta para hacerlo. Tales desafíos al prestigio de la URSS, especialmente en el Cercano Oriente, la hubieran forzado a ser menos reservada y condescendiente que lo que estaba siendo en el distante Sudeste Asiático. Las ventajas económicas entonces vigentes de la URSS, para conseguir comerciar con Estados Unidos en bienes que Washington había considerado contrabando solamente unos pocos años antes, refleja asimismo la incapacidad de los Estados Unidos, dada la pérdida de los mercados de Europa Occidental, para obtener urgentemente un comercio creciente que neutralizara los agudos déficit de la balanza de pagos causados por la Guerra de Vietnam, que le hizo levantar su prolongado boicot al comercio soviético.

Europa Occidental y el Japón son mucho más fuertes relativamente que los Estados Unidos, sobre todo porque la inflación de Norteamérica y la crisis del dólar (de lo cual la guerra fue la causa principal después de 1966), alteraron el equilibrio mundial del poder económico fuera del control de los Estados Unidos y hacia una Europa Occidental y un Japón cuya reluctancia a seguir los deseos norteamericanos, consiguiendo comerciar con las naciones comunistas, indujo la disposición de Washington a conciliar, en lugar de establecer una coalición económica.

De haberse empleado después de 1962 los cálculos de prioridad más racionalmente establecidos para las principales regiones y problemas mundiales prevalecientes entre 1945-50, el impulso instintivo americano hubiera concentrado sus esfuerzos principales en la URSS, y el perfil de los asuntos mundiales se hubiera semejado más estrechamente a aquel de 1945-62. Para los soviéticos, por supuesto, el punto principal es ahora ver si el final de la Guerra de Indochina, en términos que reducen la lu-

cha de los pueblos indochinos y sus sufrimientos para la autodeterminación nacional, traerá consigo algo más que un acuerdo temporal que incapacite a Washington de practicar una política militar y exterior que restablezca a la URSS en su rol central, como el más visible adversario de Estados Unidos, tal y como lo fue durante una gran parte del periodo inmediato posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Dado el hecho de que la tecnología armamentista de los Estados Unidos pueden aún mantener su ilusión de poder solamente en relación a Estados industriales, al menos después de su fracaso para alterar el equilibrio militar en Indochina durante diez años de vastos esfuerzos, mi propia conclusión es que, después de una breve luna de miel, el conflicto fundamental entre la URSS y los Estados Unidos que estos últimos seleccionaron como el foco principal de su política exterior de posguerra, resurgirá consecuentemente, del retorno del presidente Nixon a las prioridades anteriores a 1962. La alternativa, hasta que Norteamérica pierda sus imperativos expansionistas económicos y psicológicos, reside en regresar otra vez a una intervención directa mucho mayor en los asuntos de este hemisferio, simultáneamente con un mayor esfuerzo para revivir las dimensiones más exóticas y costosas de la carrera armamentista con la URSS. La cuestión central, por supuesto, es si la firma de numerosos acuerdos de Estados Unidos con China y con la URSS, ha alterado significativamente las metas y métodos de su política internacional.

Por más de dos años los líderes norteamericanos han estado considerando extensivamente todos los aspectos de la reconstrucción de la política exterior y militar y, aunque los apologistas académicos se encargarán de "perfumar" el asunto, como ha ocurrido en la mayoría de los debates de posguerra sobre nuevos lineamientos políticos-estratégicos "elevando" la discusión a estadios más altos de abstracción, el hecho es que los contornos fundamentales del debate han sido delineados por aquellos que tienen más capacidad para tomar las decisiones.

La reimposición de prioridades formales para guiar la política exterior de Estados Unidos y los gastos inherentes, es ahora un principio explícito y totalmente aceptado en Washington. El Departamento de Estado lo anunció así, con cierta fanfarria, en el reporte sobre política exterior del secretario Rogers de marzo de 1971 iniciando un plan maestro de prioridades para recursos de asistencia militar, los cuales también consistieron

en una escala de intereses de política exterior y militar. Si esta formulación de prioridades ha sido completada, no se ha hecho pública para no avergonzar consiguientemente a una administración que no está de acuerdo con ella. Es muy probable que todo esto ya esté sobre el papel.

El debate militar que ahora se está llevando a cabo, es, entonces, más interesante como un reflejo del pensamiento del Pentágono, e incluso es más público —ya ha sido ventilado extensamente en las columnas de la Revista Militar del Ejército (*Military Review*). Para una facción, la institucionalización misma de la guerra limitada, no nuclear, está ahora gravemente en duda, tan sólo porque la capacidad militar y la influencia de las fuerzas de infantería y aéreas, no pueden ser pronosticadas, y en efecto, los Estados Unidos pueden nuevamente finiquitar con relativa facilidad, una guerra limitada, no-nuclear, como la Guerra del Vietnam lo fue, sin la perspectiva de ganar una victoria. Algunos van tan lejos como para admitir que la victoria en la guerra de guerrillas no es posible para Estados Unidos, pese a su alta mecanización, incluso el proceso de escalada en la guerra nuclear limitada, parece ser igualmente impredecible para estos intelectuales militares, con el peligro correlativo de que el empleo de bombas nucleares desajustaría irrevocablemente muchas metas de la política exterior. Su derrotismo implícito y su pesimismo al juzgar la eficacia de la sabiduría convencional hasta el momento, es un reflejo interesante de un proceso de escepticismo desmoralizado que infecta especialmente a un ejército que no ha conseguido ni victoria ni honor en Vietnam. La estrategia de los Estados Unidos, argumentan, es relevante a los problemas del pasado, observación no menos justa ayer que hoy.

Otra escuela de pensamiento arguye que el motivo esencial del fracaso de la infantería en Vietnam no fue de estrategia o de capacidad militares, sino una cuestión política que impuso restricciones que no pueden ser achacadas al ejército como una fuerza de combate. Además del alegato para que un gran número de fuerzas convencionales jueguen un papel decisivo en condiciones de una confrontación nuclear, esta posición implica que los políticos deben asumir la responsabilidad de la debacle de Indochina. Colocando a un lado estos debates, el compromiso oficial para mantener un presupuesto del Pentágono que permite la consecución simultánea de una y una y media guerras, significa de cualquier forma que todavía está presupuestado un nú-

mero limitado de intervenciones, como futuras guerras "locales", que Washington explícitamente puede, y quiere pelear.

La dificultad para reintroducir escalas de prioridad para los intereses de una nación, depende de alcanzar un número limitado de metas claramente articuladas con un número limitado de medios adecuados a cada prioridad. Sobre todo, requiere de una percepción lúcida de los intereses nacionales en cada lugar, y de gentes en puestos de responsabilidad y decisión que sean estables y menos erráticos y viscerales que aquellos de los últimos veinticinco años cuyo ejemplo vivo es Nixon mismo. Una nación que considere que sus intereses en un área de determinada prioridad, son dependientes de la protección de sus posiciones en otra área, confundirá inmediatamente sus propios esfuerzos y luchará más arduamente por naciones periféricas, que lo que un razonamiento puramente imperialista alcanzaría a garantizar. Indochina era por supuesto, al final de la Segunda Guerra Mundial, la última de las prioridades de los Estados Unidos formulada en aquel momento. No es menos peligroso permitir que el propio poder militar sea comprometido en cualquier lugar sencillamente porque estará desgastado cuando surge una amenaza.

Los Estados Unidos tienen hoy en día tantos tratados multifacéticos y tantos compromisos económicos —370 tratados de todos los tópicos concebibles— que todos ellos están en conflicto unos con otros en virtud de que la aplicación de la violencia, ya sea masiva o encubiertamente promovida, es aún el único recurso digno de confianza para mantener y proteger su poderío en casi todo el Tercer Mundo. Descubrir el esfuerzo militar en las áreas de interés marginal —como una precondición esencial para la imposición de prioridades— es cancelar los intereses de Estados Unidos en numerosos países y hacer un compromiso potencialmente ilimitado para intervenir en todos los países restantes.

Prácticamente, desde 1946 los Estados Unidos han considerado al crédito nacional, al "honor", a la "aparición", como una justificación suficiente para intervenir directamente en áreas marginales, y ha aceptado la teoría dominó, al menos desde el asunto de Grecia en 1947, que impone limitaciones incoherentes al comportamiento norteamericano, y eleva mistificaciones tales como la "teoría del dominó", el "crédito", y el "honor", a justificaciones seriamente sostenidas como política nacional. Las mistificaciones, sin embargo, pueden no ser funcionales —tanto como una política ex-

plicada racional y totalmente—, pero no carecen de un contenido racional. Bajo un examen profundo, a menudo demuestran haber sido inicialmente, como en el caso de la “teoría del dominó”, aplicaciones exageradas de una estrategia respetable o de proposiciones económicas, al menos con respecto a la siguiente nación dominó en peligro de caer.

En resumen, las mistificaciones no son del todo ilusiones de la política exterior de Estados Unidos, sino que semejan una combinación de hechos y de fantasía. Lo que es más significativo es que todas estas políticas exteriores que rebasen las capacidades de una nación para realizarlas —ya sea que estén basadas en mistificaciones o en justificaciones más respetables— tienen consecuencias materiales. Y mientras que las mistificaciones tienden a la confusión apresurada de las prioridades, deben también ser vistas como una consecuencia inevitable del globalismo irrefrenable de los Estados Unidos, que desde 1898 impuso contadas limitaciones sobre sí mismo. En consecuencia la mistificación de esta política exterior debe ser considerada como el subproducto inevitable de la exploración compulsiva para conseguir medios estratégicos de mayor éxito, para a su vez lograr las materiales y siempre elusivas metas económicas y estratégicas, que los americanos son constitucionalmente incapaces de abandonar sin que su economía industrial capitalista se deteriore gravemente.

¿Ha terminado el conflicto de los Estados Unidos con la URSS?

Hoy día, mayo de 1973, la administración Nixon ha proclamado el fin de la diplomacia bipolar, que alega es una nueva apertura hacia una paz y estabilidad prometedoras, dentro de su política exterior. Desde el discurso presidencial de julio 6 de 1971 en Kansas City, donde declaró que las relaciones mundiales dominantes de esta década serían entre Europa Occidental, Japón y China junto con los dos antagonistas tradicionales, los dirigentes de la política exterior de los Estados Unidos han continuado proclamando el nuevo realismo de la diplomacia norteamericana.

El asunto real reside en si la nueva doctrina es verdaderamente una apertura original o meramente una nueva táctica para conseguir las metas tradicionales, y ésta puede resolverse examinando extensamente las premisas operacionales que aún guían a la política exterior de los Estados Unidos.

El balance del poder militar mundial existió hasta 1953, cuando la URSS obtuvo su Bomba H; y el Reino Unido, Francia, y luego China, adquirieron y desarrollaron sus armamentos nucleares, compartiendo el bipolarismo militar, mucho antes que Nixon llegara al poder. Económicamente, por lo menos desde el comienzo de la última década el mundo ha estado demasiado complicado para ser sometido a cualquier categorización fácil, y mucho menos como bipolarismo. En términos de alianzas, el fracaso para crear una Comunidad de Defensa Europea, la Crisis de Suez en 1956, y los eventos subsecuentes, revelaron los límites y también la ineficacia del liderazgo de Estados Unidos en la estrategia de bloques, y el cisma Chino-Soviético llegó a ser irrevocable casi desde hace diez años. El surgimiento del Japón en la panoplia de las grandes potencias se debe en gran parte a su poderío económico, el cual debió haberse anticipado al menos desde hace cinco años. Pero en último análisis el problema esencial para los Estados Unidos no es el compartimiento del poder nuclear, sino la carencia de un equivalente militar que pueda detener suficientemente a las fuerzas revolucionarias del Tercer Mundo, que han derrotado a los intereses y al poder norteamericano continuamente en la era de posguerra. Para Washington, el problema es ahora si puede revertir el equilibrio militar entre los Estados Industriales, dentro de una *détente* diplomática que le proporcionaría un mecanismo de mayor control del potencial y realidad revolucionarios del Tercer Mundo.

La prueba de una nueva diplomacia reside en ver si los Estados Unidos alteran profundamente sus presunciones intelectuales sobre la diplomacia y sus expresiones y necesidades institucionales. El Occidente siempre detestó a la URSS después de 1917, como precursora de la revolución mundial, tratando de aislarla si no de destruirla debido a esta premisa. Pero, como el subsecretario de Estado John N. Irwin II reveló en junio pasado, en esta década los Estados Unidos no esperan cambios significativos en las estructuras internas de la URSS y China, y se considera que “el rol de las dos potencias comunistas hacia los movimientos de izquierda en el mundo, continuará siendo un factor importante de las relaciones internacionales”. Al mismo tiempo, el Departamento de Estado ha hecho evidente que “sería en verdad imprudente desmantelar nuestras propias defensas o permitir que nuestra alianza caiga en lo irreparable o en la disrupción; nuestro sistema de

alianzas y las fuerzas devotas a ellas son también sensibles". Nadie, en consecuencia, ha insinuado nunca que una reducción significativa del arsenal de los Estados Unidos jamás pudiera ocurrir.

El 30 de abril del año pasado Nixon mismo, en una conferencia de prensa altamente reveladora y en la cumbre de su profesión de fe en la nueva diplomacia, expuso qué tan totalmente aferrado continúa a las presunciones de los veinte años precedentes de la diplomacia norteamericana, desde la teoría del dominó hasta la cuestión del crédito nacional. "En el caso en que un país como Vietnam del Norte", argumentó, "apoyado masivamente por la más moderna tecnología de armamentos de los dos superpoderes comunistas —en el caso en que ese país sea capaz de invadir a otro país y de conquistarlo—, ustedes podrían ver cómo ese modelo será repetido en otros países en todo el mundo: en el Medio Oriente, en Europa, y en otros también". Además del viejo mito de que la Guerra de Vietnam es el producto de la invasión del "norte" sobre el "sur", como si la división actual no fuera nada más que la consecuencia ilegítima de los Estados Unidos sobre los Acuerdos de Ginebra, que nunca fueron aplicados, las atribuciones de expansionismo militar de los nuevos colegas americanos son marcadamente semejantes a aquellas de Acheson o Dulles durante los días álgidos del verbalismo de la Guerra Fría. Nada sino un eco de aquella era fue la burda definición de Nixon sobre el "crédito nacional". "Imaginemos por un instante lo que el mundo sería si los Estados Unidos no fuesen respetados globalmente. ¿Qué sería del mundo si los amigos de Estados Unidos en el bloque no comunista perdieran la confianza en ellos? Sería un mundo mucho menos seguro. . ." Es éste tal candor el que refuerza mi aseveración de que la así llamada "nueva diplomacia" es preeminentemente un artificio transicional en el intento de ganar diplomáticamente la Guerra de Indochina con la cooperación de la URSS y China, después de lo cual será descartada en nombre de los más tradicionales y agresivos supuestos de la política norteamericana de posguerra. Y habiendo fallado en su planteamiento al final de 1972, Nixon inició sin sorpresas un nivel imprevisto de terror y de violencia, el cual solamente reveló cuán efímera y cínica había sido su proclamación de una nueva era de buenos sentimientos, y qué tan intrínsecamente impredecible y peligroso continúa siendo el imperialismo norteamericano.

La Doctrina Nixon en Asia es principalmente una

aplicación consciente de "costo beneficio" de los principios tradicionales de la diplomacia norteamericana de posguerra, superficialmente alterada en tanto la reducción de la utilización del factor humano, que debe ser balanceado en el contexto de una extensa y racionalizada estructura de bases asiáticas y de tecnología.¹ Los asiáticos, con la asistencia norteamericana, todavía son utilizados para luchar contra asiáticos en nombre de sistemas económicos y sociales explícitamente definidos como abiertos a la inversión y al mercado de Occidente.

Precisamente porque la nueva estrategia de Nixon no puede aceptar la dinámica social que ha sido la causa de la mayor parte de las intervenciones de los Estados Unidos en el Tercer Mundo, sino que solamente trata de divorciar las metas económicas perdurables de los Estados Unidos de las condiciones político-militares potencialmente ilimitadas y altamente costosas para su consecución, es bastante claro para cualquier analista metódico y razonable, que la proclamada nueva apertura de la diplomacia de Estados Unidos es excesivamente efímera, en tanto meta como en tanto artificio transicional, y que no se darán cambios cualitativos y profundos en la contrarrevolución patrocinada por Estados Unidos (causa principal de la violencia entre los Estados en el mundo de hoy).

¿Cuál es entonces la razón de fondo para la alegada nueva diplomacia?

Si aceptamos el aserto de Richard Whalen, quien escribía los discursos presidenciales durante 1968, bastante antes de la llegada de Kissinger, Nixon concluyó que la torpeza de los Estados Unidos para ganar militarmente la Guerra de Vietnam, significó que era crucial obtener la cooperación de la URSS para ganarla diplomáticamente. Las contradicciones entre China y la URSS, fueron consideradas más tarde como apoyos providenciales para conseguir la ayuda de la URSS en esta difícil tarea, que ha tomado cuatro años y hoy está mostrando apenas algunas señales visibles de éxito parcial.

Informalmente, algunos de los principales consejeros de los Estados Unidos han argumentado que la URSS aún representa la principal amenaza a la seguridad norteamericana, y que es en el Tercer Mundo

¹ Nota del autor. Dos excelentes contribuciones a esta temática, pueden encontrarse en: *Open Secret: The Kissinger. Nixon Doctrine in Asia*, Virginia Bredine & Mark Selden (editores), New York, 1972 y *War Without end: American Planning for the Next Vietnams*, Michael T. Klare, New York, 1972.

donde la inestabilidad constituye el mayor y más serio peligro de confrontación militar con la URSS. Por lo tanto es aquí donde los Estados Unidos deben incrementar sus esfuerzos diplomáticos para estabilizar militarmente a las naciones empobrecidas en cuestión. E, irónicamente, es en el Tercer Mundo donde China y la URSS tienen menos que ofrecer a Washington, porque estas potencias no pueden negociar con algo que no poseen, y la característica fundamental de los movimientos revolucionarios triunfantes en este siglo es su autonomía y su espontaneidad en las etapas críticas iniciales. Y, que lo que debe ser evidente por sí mismo, incluso para el líder soviético más orientado hacia el consumo —quien superficialmente considera la ayuda al Tercer Mundo como las máquinas lavadoras desechadas por los rusos—, es que el éxito de los esfuerzos de los Estados Unidos para liquidar la revolución en el Tercer Mundo, de lo cual Vietnam es la prueba consumada, permitirá que su hostilidad ideológica y militar hacia el bolchevismo —junto con una buena porción de su almacén tecnológico— se revierta hacia la URSS. Porque incluso si los soviéticos aceptan temporalmente las consignas norteamericanas, como han hecho a menudo desde 1945 en muchas partes, sus propios intereses y su misma impotencia para definir a la revolución en el Tercer Mundo, más tarde los forzará nuevamente a una postura menos cooperativa de la que hoy parece evidente. Los Estados Unidos no han reconocido los límites de su poderío en el Tercer Mundo, y simplemente están tratando muy superficialmente de sanear sus relaciones en Europa para con ello confrontar mejor la magnitud y los costos de una política más adecuada y para preservar sus imprescindibles intereses económicos en el Tercer Mundo.

Debido a que la futura diplomacia de los Estados Unidos está dirigida hacia un programa que regule sus negociaciones con las grandes potencias sobre objetivos tácticos, incluso cuando la continuación de su inaplazable responsabilidad en la consolidación de los sistemas sociales en el Tercer Mundo esté inclinada a explotar o a desintegrarse, la euforia prevaeciente y el relajamiento respecto a las aparentes nuevas aperturas de la diplomacia norteamericana son prematuras. Además de que la carrera armamentista se intensificará en nuevas formas con un retorno al desarrollo aeroespacial comparable a los niveles anteriores a la Guerra del Vietnam, el fracaso inevitable de los titeres y mercenarios de los que dependerá la Doctrina Nixon en Asia, resurgirá la

necesidad de la intervención directa de los Estados Unidos en otras naciones, tanto como éstos estén obligados a mantenerse dentro de su esfera de influencia y de control. Tales compulsiones ya están apareciendo en las Filipinas. La terminación de la Guerra del Vietnam, más que mostrar la perspectiva del final de la crisis, significará solamente el cambio de su localización y de sus dimensiones.

Contradicciones comunistas y capitalistas

La proclamación actual de un mundo que no es ya bipolar en su división entre los Estados Unidos y la URSS, es simplemente el reconocimiento tardío de una vieja condición de la estructura del poder mundial, pero irónicamente ha sido también el nuevo estilo diplomático de acercamiento hacia la URSS, preeminentemente lo que ha fracturado recientemente al mundo capitalista en facciones, aún más profundamente divididas por las nuevas tácticas de Estados Unidos. Y estas contradicciones en el mundo capitalista mostrarán quizás los desarrollos más importantes e impredecibles de los Estados Unidos durante los años por venir.

En ningún periodo amplio, desde el comienzo del siglo XIX, han existido paz y estabilidad en el equilibrio del poder diplomático. Mientras que sea posible enfrentar temporalmente a una nación contra otra, para ventaja propia, será imposible reconciliar sus intereses diametralmente opuestos. Lo que es más, un esfuerzo para satisfacer a una parte proviene invariablemente a expensas de otra nación, lo que obliga a la otra a una posición aún más hostil. Ésta fue la consecuencia perdurable de la iniciación de la diplomacia nixoniana del ping-pong en lo que se refiere a Japón. Salvo un cierto consenso ideológico abstracto que los Estados Unidos y el Japón compartieron antes de 1941, ahora el primer y el tercer poder económicos mundiales están de acuerdo sólo en escasos asuntos específicos y tal parece que coincidirán aún menos en lo futuro. No menos escabroso a largo plazo para los Estados Unidos, es un Mercado Común cuyo producto nacional bruto es casi igual al de los propios Estados Unidos, y que además crece a una tasa mucho mayor. Tal y como el subsecretario de Estado, Irwin, admitió en junio pasado, “. . .no es demasiado difícil imaginar una situación en la cual los europeos y los soviéticos deberán encontrar intereses comunes contrarios a la política comercial y

de inversiones apoyada por los Estados Unidos". Europa y Japón, con los cuales los Estados Unidos desean urgentemente mantener estrechas relaciones en un bloque anticomunista, son también aquellas áreas que "apenas han empezado a ejercer su enorme influencia potencial". Japón, particularmente, representa un dilema insoluble para los Estados Unidos, a quien le agradaría que el Japón asumiera la alternativa del poderío norteamericano en Asia, a pesar de su temor a la dominación y a la rivalidad que sobrevendría con la expansión irrefrenable del poderío japonés. Los Estados Unidos han fortalecido al Japón, pero simultáneamente han desarrollado contenciones potencialmente peligrosas en las políticas económicas que han estimulado a su crecimiento. Una relación de amor y odio parece ser la primera consecuencia de la definición norteamericana como del Japón en la política norteamericana para la balanza del poder en Asia, en categorías que se retrotraen a principios de este siglo, cuando el apoyo original de los Estados Unidos para el Japón en este rol, resultó en los sacudimientos del equilibrio en el Lejano Oriente que sólo la Segunda Guerra Mundial corrigió temporalmente.

Dada la interdependencia de las economías capitalistas nacionales en la estructura monetaria y comercial mundial, y las dificultades casi insuperables para reconciliar sus necesidades específicas en el frágil equilibrio prevaleciente, es precisamente con estos Estados donde existen los mayores peligros económicos para la diplomacia norteamericana, que trata de reforzar e incluso compartir la estructura de alianzas diplomáticas y militares de posguerra. Y, finalmente, los conflictos entre los intereses de estas naciones capitalistas son insolubles e incluso como acuerdos son efímeros a largo plazo. El mundo del presidente Nixon, con cinco grandes centros de poder, al final ha de ser más impredecible e inestable que el mundo al cual ha sustituido. Para socavarlo todo, está la condición misma del Tercer Mundo, intrínseca y constantemente explosiva, y las necesariamente diferentes formas en que las cinco grandes potencias se relacionarán a las circunstancias concretas de ese tercer mundo.

La cuestión de lo que Irwin ha llamado "acceso a la energía crecientemente vital y a los recursos en materias primas" puede ser desechada por los académicos, pero sólo porque ellos no se molestan en examinar lo que los líderes clave de Washington y no sus críticos radicales, están escribiendo. Ni siquiera la escasez de

combustible en este invierno pudo disminuir sus ardores ideológicos. Los Estados Unidos actualmente importan un quinto de su petróleo, y para 1980 —seguramente no más tarde que 1985— la cifra de importación de este material tendrá un incremento del cincuenta por ciento. "Incluso una breve interrupción puede tener un impacto seriamente destructivo", concluyó el reciente reporte sobre la energía del Chase Manhattan Bank. "El petróleo es un recurso finito que es esencial a un grado que no tiene paralelo para el bienestar de un país, y al mismo tiempo es el más político de todos los recursos", determinó Irwin en abril pasado. A pesar de los rápidos incrementos de otros sustitutos energéticos, se ha fallado en mantener el ritmo de la demanda, y en 1985 el enorme volumen de las importaciones norteamericanas de petróleo vendrán desde el Medio Oriente y África.

Japón de otra parte, consume actualmente un décimo del petróleo mundial y lo importa casi todo, predominantemente del Medio Oriente. Japón es hoy en día el importador de materias primas más grande del mundo, absorbiendo el treinta por ciento de las exportaciones mundiales, y dependiendo de ellas en 1970 en un noventa por ciento para el suministro de sus diez materias primas, más importantes. En tanto que no es tan dependiente de otras materias primas, los Estados Unidos consumen todavía dos quintos de los recursos mundiales no renovables anualmente, e importan más de la mitad de sus metales. La economía del Japón puede ser enteramente destruida por la escasez de sus metales de importación o de petróleo, y los Estados Unidos pueden sufrir profundamente. Europa no es menos vulnerable. "El asegurarse del aprovisionamiento externo de recursos", para citar otra vez a Mr. Irwin acerca del petróleo, "es por tanto un asunto que pertenece por sí mismo a las prioridades de éstos y aquellos países. De fallar nosotros en tomar las medidas necesarias, debemos entonces esperar una fuerte competencia por los recursos disponibles, con consecuentes repercusiones indeseables sobre el precio y la seguridad".

Antes de ser acusado de proyectar prejuicios ideológicos en el significado de todo esto, prefiero citar otras estimaciones conservadoras de las implicaciones políticas de las condiciones estructurales en el mundo de hoy. El panel científico de la Comisión Nacional sobre política de Materias Primas del presidente Nixon, advirtió en octubre pasado que el aumento de la dependencia de su país en materias primas "ocasionaría

oportunidades crecientes de conflictos internacionales". "Será inevitable que la confrontación y la fricción sobre recursos naturales entre estos dos países, se intensifique en el futuro", estimó el *Nihon Keizai Shimbun* de Japón a principios de este año. "Hay posibilidades de que tal rivalidad resulte en tensiones internacionales".

En breve, tal y como las condiciones estructurales de la futura estabilidad internacional entre los Estados Unidos y el mundo comunista, y entre los Estados Unidos y el Tercer Mundo, no existen debido a la persistencia en las metas ideológicas, militares y económicas de los Estados Unidos, las cuales pueden solamente producir intervención y conflicto; así también puede sugerirse que las totalmente irrefrenables fuentes materiales de la división dentro del mundo capitalista y

la alianza dirigida por los Estados Unidos, se han intensificado en un estadio cualitativamente nuevo. Y de todo esto sólo puede anticiparse un largo periodo de continuas crisis en la política exterior norteamericana y en el mundo.

De este total, aproximadamente 60% se localizó en Canadá y Europa Occidental, 20% en América Latina, y solamente 2.5% en el Medio Oriente; este 2.5% fue sin embargo, responsable del 14% de las ganancias de las inversiones de EE UU. (Clave: A: indeterminado, Europa Occidental. B: Otro, Centroamérica. C: Otro, Hemisferio Occidental. D: Otro, Repúblicas Latinoamericanas. E: Otro, África. F: Medio Este. G: Otro; Pacífico Asiático. H: Internacional, indeterminado —resto del mundo.)